

Víctimas del absolutismo. Paradojas del poder en la España del siglo XVIII, de José Luis Gómez Urdáñez*

Sergio Cañas Díez

Universidad Isabel I / Instituto de Estudios Riojanos

El siglo XVIII se presenta normalmente en sociedad como la centuria de la razón, el progreso y las luces de la Ilustración. Unos factores sumamente positivos que tienden a integrarse y vamos introduciendo en el aprendizaje de la historia desde el instituto y, posteriormente, van desarrollándose en la medida en que cursemos el bachillerato o la enseñanza superior. Pero como desde el propio prólogo de este libro, escrito con conocimiento de causa por un gran modernista de la talla de Carlos Martínez Shaw, se plantea: no siempre fue así. De hecho buena parte de la crítica intelectual —más que historiográfica— española anterior a la II República marginó el setecientos. Tenido como un siglo decadente de la mano de la introducción de la dinastía borbónica en el trono español que venía a echar por tierra el pasado, sin duda más lustroso para sus intereses y gustos, del tiempo de los Austrias.

Y precisamente lo que el autor de este libro, el catedrático de historia moderna José Luis Gómez Urdáñez, uno de los ma-



yores especialistas en el siglo XVIII con los que cuenta la universidad española, quiere hacer y desde luego hace, es poner la política absolutista del setecientos y de su mano a todo el siglo en su justo término casi en un sentido aristotélico: pues se demuestra

*Reseña de: José Luis Gómez Urdáñez, *Víctimas del absolutismo. Paradojas del poder en la España del siglo XVIII*, España, Punto de Vista Editores, 2020, 385 pp..

como un *viejo y buen amigo* de los ilustrados a los que tantas horas de estudio ha dedicado, pero como más amigo de la verdad. Y por eso no duda en ir ajustando cuentas con ellos mientras va explicando la lógica del poder absoluto en los gobiernos ilustrados de los reinados déspotas de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. En los que participaron personajes como Feijoo, Campomanes, Macanaz, Aranda, el duque de Alba, Ensenada, Wall, Esquilache, Olavide, Florida-Blanca, Godoy, etcétera. Pero también otros actores secundarios que tienen en común con ellos varias características: su vinculación con las esferas del poder, donde no había nadie más arriba que el rey ni era posible reforma alguna sin su consentimiento, su relación más o menos directa con las ideas ilustradas, su desapego —cuando no desprecio— frente a las clases populares y su pertenencia a la aristocracia, ya fuera antigua o consecuencia de sus servicios al Estado..., tanto o más que una lucha más o menos soterrada o más o menos evidente en función de los casos, por ejercer el poder y evitar que lo ejerciesen los otros. Y no solo por el poder en sí mismo sino por el ejercicio del poder y lo que eso conllevó en el siglo XVIII y todavía parece conllevar casi tres siglos después como una suerte de *continuum histórico*: establecimiento de redes clientelares, aumento del patrimonio personal y familiar, protección del Antiguo Régimen, obtención del favor real, control del Estado, instrumentalización del pueblo..., así como una determinación autoritaria por mantener el orden antiguo en todo su esplendor cayera quien cayera y aun a riesgo de tomar medidas crueles hasta el extremo contra quien se opusiera a sus planes, no sirviera a sus intereses y simplemente malograsen sus planes de progreso. Pues como es bien sabido la pobreza y la marginalidad aparecen muchas veces como manchas molestas que estropean el paisaje que reyes y

cortezanos piensan un dios ha creado para su disfrute y solaz. Y en cierto modo algo de eso había en algunas lógicas y mentalidades del siglo XVIII.

Para explicar esas paradojas del poder en la España dieciochesca el autor nos presta sus distintas lentes con las que él mira directamente la historia. Por un lado usa una lente clara para poner negro sobre blanco los aciertos y los desafueros, las virtudes y las miserias de toda esa corte de personajes principales que gobernaron en el siglo XVIII dentro de los marcos intelectuales y políticos del absolutismo monárquico en España, de la sociedad del Antiguo Régimen y del inmenso poder acumulado por la Iglesia católica. Los tres límites principales para la reforma antiguorregimental que ningún ilustrado osó ni pudo traspasar ni por activa ni por pasiva. Aunque algunos se divirtieran a su costa en privado hasta que fueron denunciados por ello y el bromazo terminó en tragedia merced a la Inquisición. Una institución a la que algunos llegaron a perder todo miedo y respeto cuando tenían el favor del rey y se sentían lejos de sus garras, pero que resucitó y mostró su faceta más dura mostrando que ni mucho menos era una cosa del pasado. Pues el autor no solo es buen conocedor de los protagonistas del libro, de los gobernantes del setecientos, sino que maneja con destreza las claves del tiempo en que vivieron. Porque además se adentra también en los combates por el poder que mantuvieron varias de esas figuras, que no dudaban en tirar del pedestal a quien hubiera sido encumbrado en detrimento de su influencia, algo, a juicio del autor, típico del país por la fórmula del «abajo el que suba» y aprovechar para pisotearlo más allá de los límites de la educación cortesana y la moral cristiana de la que se decían deudos. Al menos de cara a la galería.

Pero también nos pone unas lentes oscu-

ras que nos permita mirar a los gobernantes del setecientos más allá de los grandes, que no profundos, programas de reformas ilustradas, con el fin de que no nos ocurra como a generaciones historiográficas anteriores y seamos deslumbrados por el brillo de las luces. Pues en ningún momento las reformas cuestionaron las bases ni las estructuras antiguorregimentales. Ya que no se trataba de revolucionarios. Y muchas veces esos sueños, a veces solo ensoñaciones, de la razón produjeron monstruos donde el autor destaca los planes de extinción de los gitanos españoles, las oleadas represivas que siguieron a los motines tanto en la España peninsular y la España americana, el maltrato del pueblo bajo y pobre y de los esclavos, y las condiciones en que se intentaba sobrevivir con escasa fortuna en los presidios. A donde, por cierto, fue a parar más de un gobernante cuando cayó en desgracia y fue sustituido por el partido o la facción rival. Pues mandar también era castigar y en la política del siglo XVIII los sentimientos nobles se interpretaban como debilidad del rey hacia abajo en la cadena de mando.

Pero Urdáñez no se ha conformado con quedarse aquí. Porque además, simultáneamente también aumenta la graduación de la óptica que presta al lector para poner la lupa en los propósitos e ideas que guiaron las reformas ilustradas. Muchas veces no desdeñando de lo que a simple vista parece anecdótico. Pasando desde el análisis meramente teórico de esta pléyade de intelectuales políticos españoles hasta el desarrollo de sus consecuencias, pero sin perder su vinculación con el tiempo histórico y la sociedad de su tiempo. En ese sentido destaca la valentía y templanza que tiene para polemizar con los argumentos de otros autores que han escrito sobre algunos de estos personajes centrales de su obra o sobre la ilustración española en conjunto.

Lógicamente no de modo arbitrario sino en la medida en que le parecen equivocados y alejados de los debates historiográficos que mantienen los modernistas. Los cuales resuelve con profesionalidad y finura pero sin dejar de señalarlos claramente y enmendarlos. Destacando sobremanera las distintas críticas que hace a quienes establecen «visiones sesgadas sobre el siglo ilustrado» o miran a las tesis del setecientos con los ojos del presente. Lo cual demuestra que la misma crítica que Urdáñez emplea con los ilustrados y sus proyectos políticos la usa con quienes critican a la Ilustración española sin comprenderla totalmente, o, también, pensando que eran el eslabón necesario de una concepción histórica teleológica que debería haber desembocado en el fin del Antiguo Régimen a imagen y semejanza que lo que ocurriría en Francia a finales del siglo XVIII. Lo cual denota honradez y justicia. Y hasta cierto punto podemos decir que es marca de la casa como reconocerán los lectores más avezados. Pues como ya dijimos Urdáñez parece querer bien a los ilustrados como si se tratase de unos viejos amigos pero, precisamente, porque los conoce bien, huye de ellos y pone tierra por medio cuando toca y hierran el tiro. Hasta el punto que no duda en amonestarles, caricaturizarles e incluso juzgarles en los casos más extremos. Si bien el tono sobrio es el que domina en la obra.

Pues al fin y al cabo según las leyes físicas allí donde hay luz aparece la sombra siempre y cuando exista un cuerpo opaco que intercepto los rayos de luz. Y dado que el relato de Urdáñez tiende a humanizar a los gobernantes del siglo XVIII para no caer en la crítica desaforada o la alabanza desmedida, es lógico que entre tanto personaje ilustrado también aparezcan esos espacios de sombras que completen las lógicas políticas de una centuria. No solo porque la sombra es el lugar donde no llega la luz, lo

que sería una interpretación un tanto benéfica a la que este libro no se presta, sino porque todo, tanto la luz como la sombra, formaban un todo único en mayor o menor medida. Una conclusión que nos muestra la realidad histórica del poder del setecientos en toda su gloria, sí, pero en toda su crudeza, también. Como corresponde a los (buenos) escritores de historia: a los historiadores.

Formalmente el libro tiene ocho capítulos que *grosso modo* corresponden con otros tantos personajes ilustrados, si bien no todos los capítulos son iguales. Unos sí que siguen la trayectoria completa de un personaje pero otros son epígrafes temáticos que desarrollan las consecuencias de las ideas y las prácticas de esos personajes. Aunque en general es común que en distintos capítulos se entrecrucen estas dos maneras de exponer los temas para introducir personajes secundarios o subtemas concretos que amplíen la información sobre algunos los pilares en que se basa la obra. El hecho de que estos dos tipos de capítulos se sucedan permite que la narración sea más rica y dinámica. Si bien en ocasiones el hecho de no seguir totalmente un planteamiento cronológico, estructura que a veces se ve alterada, produce cierta sensación de desandar el camino iniciado o de estar volviendo los pasos sobre un cruce que se creía terminado con anterioridad. Siendo más latente en la medida en que se traten temas desconocidos o que solo son conocidos por especialistas en la materia. No obstante, el lector aficionado a la historia no tendrá problema en disfrutar y aprender de la lectura de este libro. Al revés, pues está escrita sin el aparato crítico correspondiente ya que remite al especialista a la propia producción del autor (colgada para su consulta gratuita en la web) y al apartado bibliográfico en caso de que se citen las ideas de otros historiadores.

A este empeño han contribuido varios factores. Algunos explicitados ya desde la introducción y que forman parte del bagaje del propio Urdáñez, pues es un trabajo que el autor realiza tras muchos años de investigación, lectura y docencia, y que viene a sumar todas las conclusiones a las que ha llegado tras varias décadas ejerciendo el oficio de historiador. Pero también, pensamos, existen otros que se van encontrando en distintas partes del trabajo y que resultan más novedosas frente a anteriores trabajos del propio escritor. Pues no es solo una respuesta explicativa frente a esos relatos historiográficos a los que se alude en el prólogo, ya no solo del pasado contemporáneo sino también a otros del tiempo presente, sino que es una profundización en los recorridos intelectuales y políticos de los propios gobernantes españoles que conforman la Ilustración española. Para lo cual no solo ha vuelto a las fuentes y lecturas de su dilatada trayectoria historiográfica, donde destacan algunos de los autores más versados en alguna trama o algún personaje histórico concreto —el mismo Urdáñez es posiblemente quien más y mejor ha trabajado en la historiografía española la figura del marqués de la Ensenada y el reinado de Fernando VI desde los años 90 del siglo XX y así está reconocido por otros colegas— sino que se ha visto empujado a abordar más enfoques que completen lo que ya es sabido, incluir nuevas lecturas de autores no consagrados aunque pujantes y recalcar el relato.

Un último elemento que destacamos del libro está precisamente relacionado con el relato. No tanto con la redacción amena, exacta y ágil del autor que es uno de los atractivos de la obra, sino con las consecuencias sociales que parecen extraerse del mismo. Con sus objetivos que quieren alcanzarse más allá del consabido avance del conocimiento histórico sobre el siglo XVIII

y la Ilustración española en el ejercicio del poder en los tiempos del despotismo ilustrado, como fórmula resultante de la suma de monarcas absolutos y gobernantes ilustrados, es decir, reformistas del absolutismo y defensores del Antiguo Régimen. Pues esos elementos son deudores de la manera en que se ha escrito la obra. Por un lado Urdáñez parece alejarse voluntariamente de las inclinaciones sociales de sus trabajos anteriores y se muestra decididamente convencido a apostar por el factor político y cultural para huir del cautiverio «de aquella historia económico-social» que en su vertiente más heterodoxamente radical produjo la cliometría. Pero no queda claro que también quiera llegar a abandonar del todo la historia socioeconómica pujante hace décadas en España en relación a su proyecto social. Si bien lo adapta a los envites actuales de la sociedad posmoderna y neoliberal para presentar batalla a las falsificaciones y a los usos espurios de la historia.

Pues aunque el autor eche la mirada hacia atrás con cierta ironía y autocrítica cuando recuerda la frivolidad con la que desechaba el género biográfico en su juventud mientras calculaba las proteínas ingeridas por los pobres en Casas de Misericordia, no parece estar convencido y dispuesto a renunciar totalmente a la historia como elemento de construcción de

un proyecto social. Aunque sea uno que no pretenda cambiar la realidad de base. Lo que junto al hecho de suprimir el aparato crítico estándar de las publicaciones académicas es interpretado por otro reseñista de esta obra, Antonio Elorza, como ir contra la corriente dominante en la historiografía. Una consideración polémica que basa todo en la forma, en lo estético, en lo superficial, y resulta un tanto vacía ya que no explica qué corriente domina hoy la historiografía. Algo harto difícil de establecer cuando, en general, casi todo parece entrar en el dominio del posmodernismo que muchas veces no deja de ser un cajón donde se introducen distintos enfoques historiográficos en buena medida sujetos a la moda, a la novedad y a las preocupaciones inmediatas de un presente que parece haber perdido toda esperanza de cambio sustancial. Y al que solo la metodología empleada en el análisis histórico parece dotar de coherencia y relación con escuelas anteriores. Y en ese sentido no encontramos razones para colocar este trabajo fuera del dominio del método científico aplicado a la historia que es lo verdaderamente dominante en último término. Ni mucho menos a su autor, José Luís Gómez Urdáñez, como alguien al margen de la historiografía dominante entendido el adjetivo en su sentido positivo y académico, como sinónimo de sobresalir y destacar.